

PUNTUALIZACIONES A UN LIBRO ESPAÑOL SOBRE VIETNAM *

Tras varios años de ausencia por diversos centros universitarios europeos, ampliando estudios en el campo de las Relaciones Internacionales, ha causado mi sorpresa, al reincorporarme a España, la cantidad de libros que sobre esta temática se publican en relación a cuando salí de ella. Una de esas obras, debida a una pluma española, perteneciente también al mismo campo disciplinario, ha atraído especialmente mi atención, máxime ocupándose del candente conflicto de Vietnam. Desgraciadamente, por una multiplicidad de razones, el deber profesional y la exigencia científica de las Relaciones Internacionales, obligan, más que invitan, a formularle un número de puntualizaciones.

El autor, ROBERTO MESA, no tiene inconveniente alguno en afirmarnos desde el principio su postura radical ante el problema, sin concesiones de ningún género, así como, se desprende reiteradamente del texto, ante las fuerzas del mundo en presencia, posición loable, incluso más si cabe, siendo apasionada. El libro deberá comprenderse enteramente desde este ángulo. Pero una cosa es un cálido apasionamiento y muy otra un desbordamiento casi permanente que denuncia que en el tratamiento, la pretensión de investigación científica carezca de fundamento. Tanto es así que las interpretaciones y situaciones derivan en un vaivén de inconsistencias cuando no se desintegran en incoherencias mezcla de fogosidad ardiente y cortedades.

El complicado asunto vietnamita puede estudiarse aisladamente, como una problemática *per se*, y entonces habrá poco que decir (y de ello se da

* ROBERTO MESA, *Vietnam, conflicto ideológico*, Editorial Ciencia Nueva, S. L., Madrid, 1968, 192 págs., Colección "Las luchas de nuestros días", núm. 1.

cuenta el autor), —pues los datos son más que claros para quien los quiera ver claros—, o bien habrá que juzgarla como una problemática parcial en función de otra más general que la englobe, es decir, dentro del contexto mundial.

Concretamente, en el asunto del Vietnam, mi actitud estaría contra la política americana, no a causa de un antiamericanismo sistemático, sino en el de denunciar el atolladero en que se han metido los hombres que deciden desde Washington, consumando la más perniciosa de las chapucerías a que la política exterior de Estados Unidos nos tiene acostumbrados desde hace tanto. Soy contrario a su acción tanto por sentido humanitario como por instinto de *realpolitik*, como lo apreció hace ya años el general De Gaulle.

A mediados de febrero pasado, mandé un artículo a un bien conocido periódico nacional, titulado *Vietnam, tornillo sin fin*, pronunciándome, tras razonamiento, por la «retirada como mal menor». El artículo no se publicó. Instaba a Estados Unidos a que abrieran negociaciones, las cuales hacía depender más de su iniciativa y conducta que de Hanoi. Un párrafo representativo rezaba: «La gran sabiduría de Estados Unidos sería que llegase a comprender que la guerra de Vietnam le es diplomáticamente contraproducente, militarmente tonta, económicamente ruinosa, moralmente repugnante y psicológicamente devastadora. Y desde hace unas semanas, absurda.» Me refería a la «ofensiva Tet».

Se nos informa de que hay menos de una «docena» de libros sobre Vietnam publicados en España, de los cuales el de ROBERTO MESA es el segundo escrito por un español; el resto serían traducciones. No ha sido sólo esta penuria lo que le ha inducido a coger la pluma, sino su preocupación por el tema, que remonta a «hace ya más de diez años», incluso cuando el «asedio de Dien Bien Phu» (1954). Una serie de hitos marcados por una técnica de conferencias rotatorias y tres artículos se han intercalado en el paréntesis de espera. Las perspectivas, pues, son óptimas, y la obra, condensada, se presenta prometedora por aquello de «lo breve, si bueno, dos veces bueno». En esta inteligencia me lancé a su lectura, aunque la proseguí hasta el final por razones radicalmente inversas.

La obra está deshilvanada del principio al final porque el autor no ha considerado necesario tomarse la molestia de actualizar debidamente sus artículos, materia prima del libro, ni tampoco ha hecho un esfuerzo adecuado para refundirlos. Mejor habría sido dejarlos como estaban y agregarles unas

páginas. Dos de los artículos se publicaron en revistas españolas (1964 y 1967) y el tercero, en una extranjera (1966).

No es de extrañar, pues, que la división de la obra en dos partes—la tercera es una oportuna exposición documental¹—esté por demás. La parte histórica es más histórica que la ideológica es ideológica. Históricamente, cuando no es irrelevante, es que es inexacta o reiterativa, olvidando factores importantes, aunque a veces sean elementales. Ideológicamente, la cosa todavía discurre peor.

Si hay intento de metodización dialéctica, no pasa de simulacro. Más que ante un desarrollo «ideológico», con lo que topamos es con numerosos epígrafes bienintencionados que con frecuencia el autor no sabe cómo sacarlos adelante. Entonces echa mano de unos juicios de valor y de hechos de una ingenua incomplejidad o temeridad, vengan o no vengan al caso. En tales condiciones es algo absurdo asegurar que el autor pretende ofrecer una información «abundante y exacta», y si «selección» hay, es dentro de un sistema *sui generis*.

A pesar de que el autor es jurista de formación, concretamente en el campo del Derecho Internacional público, sólo está dispuesto a ceñirse a los hechos y situaciones radicalizándolas sin excepción, así como a adscribirse a las normas jurídicas sólo cuando beneficie al «análisis dinámico», no cuando «se detenga ante los términos del leguleyo o se paralice en el llanto por la humanidad asesinada».

El «concepto instrumental y operativo de lo que debe ser un libro» merece aplauso, pero pierde su valor cuando el saber dialéctico justificativo de la postura del autor no es perceptible. Aunque sólo se haya pretendido un libro de «divulgación», concepto a no confundir con el de «vulgaridad», nos dice, no es óbice para aspirar no sólo a satisfacer las ansias del lector medio, sino hasta a ser de «utilidad... al especialista» (p. 10). No compartir «el criterio del libro doctoral que se reserva para los temas trascendentales, quizá para hacerlos más inasequibles», es un principio sano y ejemplar si no encierra un sustrato anti-intelectual o un pretexto para lo que salga.

Es en vano, pues, el intento de impresionarnos con unas páginas de bibliografía—cuya indiscriminación disminuye considerablemente su utilidad—

¹ De todos modos, la ausencia de los Acuerdos de Alto el Fuego, o cuando menos de un extracto, es de lamentar. Igualmente el autor debía haber citado fuentes y precisar las fechas de algunos documentos.

en la que abundan trabajos secundarios mientras se hallan ausentes ciertas obras, a veces muy cortas, esenciales². La bibliografía que inserta, posiblemente la más «extensa... que se publica en lengua castellana», es probable que no la haya leído, o, lo que sería peor, si lo ha hecho, no la ha tenido en cuenta.

Un recensionista de una revista española *seria* ha calificado esta obra de «libro clarificador», de ir «hacia la desmitificación del conflicto vietnamita», de «más allá de fáciles planteamientos moralistas», y, lo que es más, de «objetivamente perfilado, y es indiscutiblemente, el más completo y matizado

² Por ejemplo, el autor cita el artículo de F. SCHURMAN (*sic*); P. D. SCOTT y R. ZELNIK, "Peace is dangerous", *Démocratie Nouvelle*, Mars 1967, núm. 3, págs. 60-66, pero no menciona un pequeño libro de estos tres autores, con un prefacio de ARTHUR SCHLESINGER, JR., y un resumen y conclusiones por CARL E. SCHORSKE, *The Politics of Escalation in Vietnam (A Study of United States Responses to Pressures for a Political Settlement of the Vietnam War: November 1963-July 1966)*, A Fawcett Premier Book, 1966, Greenwich, Conn., E. U. A.

Cita igualmente una obra de JOSEPH BUTTINGER, de 1958 (*The Smaller Dragon*), pero no incluye el actualizado y masivo estudio (1.346 págs., en dos volúmenes) del mismo autor: *A Dragon Embattled: I. From Colonialism to the Vietminh; II. Vietnam at War*. Londres, 1967. Si el minúsculo libro de SCHURMANN y otros, antes citado, es un punto de referencia ineludible para "todos aquellos preocupados por la guerra del Vietnam" (*International Affairs*, abril 1968, p. 380), éste de BUTTINGER, como trabajo de referencia, es de valor considerable (400 páginas corresponden a notas), aunque el tratamiento sea desigual.

Otro libro importante no incluido, el mejor posiblemente escrito sobre la organización del "Viet Cong": DOUGLAS PIKE, *Viet Cong, The Organisation and Techniques of the National Liberation Front of South Vietnam*. Cambridge, Mass. E. U. A., 1966, aunque se acepte políticamente el punto de vista oficial americano.

Este fue rebatido de un modo exhaustivo y tal vez definitivo por el CONSULTATIVE COUNCIL OF THE LAWYERS COMMITTEE OF AMERICAN POLICY TOWARDS VIETNAM, *Vietnam and International Law*, Flanders, N. J., E. U. A., 1967. Este libro también está ausente de la bibliografía, aunque *jurídicamente* habría sido de un apoyo grande a las tesis del autor.

Es más disculpable la no inclusión del último libro del autor preferido de Mesa, fallecido hace un año aproximadamente: BERNARD B. FALL, *Ho Chi Minh on Revolution (Selected Writings, 1920-1966)*, Londres, 1967, puesto que ya se tienen en cuenta las obras elegidas del líder vietnamita, editadas en Hanoi. La recopilación de FALL lleva una Introducción suya.

El autor en modo alguno toma en consideración obras generales de reconocida solvencia, que examinan aspectos de la guerra fría, y entre cuyos capítulos incluyen la cuestión vietnamita en sus distintas fases, dándole así una comprensión más amplia dentro del contexto global en que se mueven—y se explican—las relaciones internacionales.

Estos son simples reparos concretos de lo que exigiría una larga lista.

de cuantos se nos han ofrecido, en los últimos tiempos». Estas afirmaciones han contribuido definitivamente, a que yo también me pronuncie.

* * *

En modo alguno analizaré frases como ésta «El neo-colonialismo está llevando a sus últimos extremos y consecuencias un planteamiento que en la actualidad se presenta bajo esta forma de ultimátum: exterminio o sumisión» (p. 14). Generalizar sobre este fenómeno del neocolonialismo acarrea riesgos, pero se va a una catástrofe cierta con ese tipo de simplificaciones. Si descendemos a situaciones neocoloniales veremos una y otra vez cómo cada una viene a convertirse en un caso *per se*; en todo caso no podemos tomar por prototipo a Vietnam y aplicarlo a los países en cuestión.

Tampoco soy partidario de usar la artillería gruesa del «genocidio cultural» que el autor toma prestada de SARTRE, para tratar cualquier situación colonial. El filósofo francés dice que «la colonización no es una simple conquista; es necesariamente un genocidio cultural; no se puede colonizar sin liquidar sistemáticamente los rasgos particulares de la sociedad indígena a la vez que se impide a sus miembros la posibilidad de integrarse a la metrópoli y de aprovechar sus ventajas...» (p. 21). La colonización inglesa no adoptó la fórmula francesa llamada de la *assimilation*, pero en modo alguno ha liquidado por sistema de sociedades tales como las indias, (o los holandeses, las indonesias). Incluso su sistema de *indirect rule* ha consistido en aprovechar en grado extremo lo aprovechable de los colonizados, yuxtaponiéndoles lo metropolitano. Nigeria está pasando por una de estas experiencias combinativas.

Me limitaré a constatar o precisar hechos y a subrayar juicios de valor que oscilen entre lo exótico y lo extravagante.

* * *

«Tanto el antiguo Celeste Imperio como el resto de la zona geográfica continental, se repartiría entre los países europeos, las grandes potencias del momento—(...) Holanda, etc.—que acuñaría en Asia un nuevo molde colonial» (p. 15). El Celeste Imperio no fue repartido (aparte de Hong-Kong, Macao, Port Arthur..., sino sometido a esferas de influencia nunca bien delimitadas, a lo que se oponía la política de la «puerta abierta» americana, aun a nivel de ejercicio intelectual. No dio tiempo al reparto efectivo. Tampoco

Siam, Afganistán o Irán, ni por supuesto Turquía, fueron repartidos; si se libraron no fue por gusto de los europeos, sino por constituir Estados tapones en zonas neurálgicas de fricción. Holanda no pisó colonialmente de una manera decisiva el continente³. Por su parte, Japón, potencia no europea, se anexionó Corea, y más adelante Manchuria.

«No hay ilustración histórica demostrativa de que una metrópoli haya renunciado mansamente a una colonia» (p. 21). Si «mansamente» lo elevamos a la enésima potencia, probablemente; si lo aceptamos con mansa exigencia, las ilustraciones históricas son lo suficientemente numerosas como para quebrar el aserto. Concretamente tenemos la masa de las colonias francesas y británicas en Africa, algunas veces para desgracia de los países emancipados (por ejemplo, los ex-Territorios de la Alta Comisaría Británica en el sur de Africa, hoy verdaderos «rehenes» de la República del Apartheid). El Mau Mau o el trauma argelino fueron excepciones en el continente, descartando el conglomerado blanquista del Africa austral. Igualmente Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica (caso extremo de la permutación de vencedores por vencidos y viceversa), pertenecen al grupo de la mansa emancipación.

«En Francia (...) la IV República (...) en lo colonial no cambia para nada la conducta de la III República: intransigencia y ceguera, con un solo objetivo: el dominio territorial sin la más mínima concesión administrativa de autonomía» (p. 22). El autor no recuerda la Constitución de 1946, creando la Unión Francesa⁴, cuyas líneas se habían ya esbozado dos años antes en

³ Refiriéndose a portugueses y holandeses, dice un autor: "... en la India, esta expansión por tierra no se había producido: el arranque de unos y otros había sido detenido por los fracasos sufridos en Europa (...). Además, los holandeses habían consagrado una parte de sus esfuerzos a destruir los establecimientos portugueses. Así no había habido, en la India, sino raros establecimientos costeros, encaminados por lo demás a una rápida decadencia". PIERRE MEILE, *Histoire de l'Inde*, París, 1965 (p. 63).

Esto se refiere sobre la primera mitad del siglo XVII, mientras Roberto Mesa parece referirse al siglo XIX en cualquier caso.

⁴ El título dedicado a la Unión Francesa—el VIII—es el más largo de la Constitución; es la novedad, porque la Constitución anterior no decía nada sobre las colonias. "La solución francesa de 1946 aparece en su conjunto grandemente revolucionaria y asimiladora, en el espíritu de la Revolución de 1789. El hecho estrepitoso es que hay un buen número de negros y de otros no europeos en el Parlamento francés. No se ve esto ni en Londres ni

la Conferencia de Brazzaville; surgen los Estados asociados (protectorados) y las asambleas locales para las colonias, otorgándose a todos los habitantes la ciudadanía francesa; y se promulga para Africa la *Loi cadre* de 1956. Las cosas cambiaron con respecto a la anteguerra, aunque no cambiaran en la medida de lo deseable. (Una constitución que en el mismo 1946 había propuesto el Gobierno, más liberal en cuestiones coloniales, fue rechazada en un referéndum). Las consecuencias las veremos a continuación.

«Las conversaciones culminan el día 6 de marzo de 1946 con la firma de los Acuerdos Sainteny-Ho Chi Minh, por el (*sic*) que Francia reconoce la independencia de Vietnam» (p. 22). No hubo tal «independencia». Ho Chi Minh la había proclamado tras la retirada japonesa. Los franceses sólo reconocerían la República Democrática de Vietnam como un Estado libre dentro de la federación indochina y de la Unión Francesa, aunque poseyendo su propio cuerpo legislativo, ejército y finanzas. La Convención debía ratificarse por referéndum, entre otras condiciones, que no llegó a realizarse. Las diferencias acerca del estatuto de Cochinchina (colonia, donde se situaban las mejores inversiones francesas) en relación al nuevo Estado (Annam y Tonkín, protectorados), para formar conjuntamente el Estado de Vietnam (los llamados «tres Kys»), no se resolvieron. Es cierto que Bidault encabezaba por entonces el Gobierno, pero también es cierto que de él forman parte los comunistas, que asistirán desde el poder central (París) a la renovación de las hostilidades, a la guerra de Indochina. Sería en mayo de 1947 que el P. C. francés sería echado del carro burgués, no se iría por su cuenta, y menos como protesta por el conflicto colonial.

«Son (...) los años duros de la guerra fría y Francia se alinea completamente tras la dureza de la administración Truman» (p. 23). La guerra fría es un fenómeno del que comenzó a hablarse a causa de su persistencia e intensidad *in crescendo*, aunque nadie puede precisar cuándo realmente se inició aunque sí por qué. Lo que es cierto es que en 1946 no había alcanzado dureza alguna (la doctrina Truman sería en 1947, el bloqueo de Berlín

en Washington." HUBERT DESCHAMPS, *La fin des empires coloniaux*, París, 1959, páginas 106 y 107.

Es la época de la fundación del Rassemblement Démocratique Africain (R.D.A.), presidido por F. Houphouët-Boigny, que antes de dar los oportunos virajes se alió con el Partido Comunista francés.

en 1948, la N. A. T. O. en 1949 y Corea en 1950). De haber sido de aquel modo, ¿cómo iban a estar sentados juntos burgueses y comunistas hasta 1947? La lógica cronológica no es lo fuerte del autor, como demuestra reiteradamente. Lo curioso es que casi a la vuelta de la esquina afirma tranquilamente: «... la guerra fría que iniciada en Europa, con el bloqueo de Berlín...» (p. 27), con lo cual se equivoca doblemente: objetivamente y *consigo mismo*.

Tampoco parece impresionarse el autor por menudencias, admitiendo datos sin verificarlos. Así cita al excelente Bernard Fall, para quien la guerra costaría a Francia «cerca de cuarenta y nueve millones de nuevos francos» (p. 23), equivalente a menos de diez millones de dólares. Con una suma décuple el señor Villar Palasí colocó la primera piedra para un milagro en la Universidad española. La guerra costó varios centenares de veces más, pero sin alcanzar las mil, por lo que no caben componendas por omisión.

La visita a Washington de De Lattre de Tassigny, comandante en jefe de las fuerzas francesas y vietnamitas que combaten en Indochina, en septiembre de 1951, en busca de ayuda económica, hace suponer. «en consecuencia, que Francia admitía ya con todos sus efectos la internacionalización del conflicto» (p. 31), pero en la página siguiente, refiriéndose a principios de 1954, nos encontramos que «en una actuación desesperada, el Gobierno francés se decide por lo que hasta entonces se había negado rotundamente a reconocer: la total internacionalización del conflicto» (p. 32). Transcurren dos años y medio entre ambas frases.

Más adelante oiremos algo categórico: «Podría afirmarse que el esfuerzo central de la diplomacia norteamericana en los años de la guerra franco-vietnamita se había centrado en la aceleración de la derrota francesa, llegando incluso, como ya vimos, a negar la ayuda militar sustantiva para la metrópoli en desgracia» (p. 40). No vimos nada. EE. UU. rehusó intervenir directamente cuando el asedio de Dien Bien Phu degeneraba, lo único que habría podido salvarlo. Incluso cuando el general Navarre parecía todavía controlar la aventura, es decir, antes de los furiosos asaltos del Vietminh, los altos dirigentes americanos tuvieron diversas conferencias con objeto de proveer medios para la defensa de la fortaleza y animar a los franceses para «evitar una

paz negociada»⁵. La atmósfera se puso más tensa cuando la situación francesa comenzó a oscurecerse a mediados de marzo.

Cuando Dien Bien Phu cayó, ya la Conferencia de Ginebra estaba en marcha, durante la cual, y como consecuencia del desastre, Mendès-France fue llevado al poder. En las últimas fases de la guerra U. S. A. aumentó progresivamente su financiación. El propio autor indica que en 1954 «Estados Unidos había corrido con el 60 por 100 de los gastos franceses, unos 950 millones de dólares» (p. 41). ¿En qué quedamos? (Aprovéchese la ocasión para comparar con aquellos «cuarenta y nueve millones de nuevos francos» que le costó a Francia el conflicto entero). Así, pues, si hubo viraje americano, fue en los últimos momentos, *días*, no «años»: fue *en el transcurso de la propia Conferencia de Ginebra*, como veremos luego, y aun así el viraje fue forzado, impuesto, no libremente aceptado e ideado.

Al autor le atraen las operaciones militares: «Francia (...) intentaba a finales de 1953 el esfuerzo final (...). El general Navarre ocupaba Dien Bien Phu, y *desde allí* (énfasis añadido), decidía lanzar la Operación Atalante (*sic*) (...) y el día 24 (*sic*) de enero de 1954 la Operación Atalante (*sic*) se ponía en marcha...» (p. 32). No nos dice dónde está ni por qué se eligió Dien Bien Phu; tampoco explicita lo de la Operación Atalante (léase Atlante). Ocurrió que el Vietminh había penetrado en el reino de Laos por aquella zona, y Navarre decidió ocupar aquella posición-fortaleza entre colinas, junto a la frontera laosiana y a poco más de un centenar de kilómetros de China. Sus intenciones eran tanto amenazar las comunicaciones de los invasores como constituir un foco de atracción para los guerrilleros con objeto de inducirlos a combatir en campo abierto y derrotarlos. Pero China (y Rusia), que habían concluido sus obligaciones militares en Corea, realizaron envíos masivos de armas y municiones. El Vietminh acudió a la cita más pertrechado y numeroso de lo previsto, y el Imperio francés de Indochina tuvo su puntilla en esta ratonera. «Atlante» fue un desembarco de diversión en Tuy Hoa, *a mil cien kilómetros de Dien Bien Phu*, lo que muestra con qué obsesión se aplicaban reglas bélicas clásicas a una guerra eminentemente *informal*. Y la Operación empezó el 21, no el 24 como apunta el autor. Otras operaciones parciales

⁵ HANSON BALDWIN, *The New York Times* del 7 de febrero de 1954, citado por D. H. FLEMING, *The Cold War and Its Origins, 1917-1960*, Londres, 1961.

—como la *Atlante*—fueron *Ardèches*, *Juan-Jura*... El conjunto de todo ello, entre otros factores, era el «Plan Navarre».

Hay una fijación que deviene pivote clave en el pensamiento del autor. Especulando sobre la no intervención americana en Dien Bien Phu, se decide por esta tesis entre las varias enumeradas: «O, en último extremo, como los hechos se encargaron de demostrar inmediatamente, el Gobierno estadounidense había ya decidido hacerse cargo directamente del conflicto vietnamita, considerando totalmente desautorizado por sus gestiones fallidas, políticas y militares, al Gobierno francés» (p. 33). Primero, los «hechos» no se encargaron de demostrar nada; segundo, Foster Dulles y parte del alto Estado Mayor americano llegaron a ponderar peligrosamente la posibilidad de intervenir atómicamente en el momento álgido del asedio, lo que era absurdo si entraba en sus cálculos sustituir a los franceses; tercero, es precisamente por este período (12 de enero de 1954) que Dulles había anunciado *formalmente* su política de *massive retaliation* como doctrina de Estados Unidos; cuarto, si querían precipitar la *débâcle* francesa no tenían sino que disminuir o suprimir la financiación de la guerra, que en los últimos años pagó en gran parte el contribuyente americano.

No, los americanos, y eso es lo único que podemos extraer si los hechos y fuentes respetables sirven de algo, intentaron salvar lo salvable (el futuro «Sur») a falta de satisfacer su maximalismo, pero aun así metieron la pata como nunca en su historia.

En febrero de 1954 los «Cuatro Grandes», reunidos en Berlín, «decidían la celebración de una Conferencia en la ciudad de Ginebra cuya finalidad sería el restablecimiento de la paz en Corea y en Indochina» (p. 33). La «paz», aunque sin tratado de paz (como con Alemania veintitrés años después de su derrota), se había restablecido en Corea en julio anterior; ahora se trataba de llegar a una solución definitiva para el dividido país. Subsidiariamente la Conferencia debería tratar de Indochina, para la cual se consiguió la paz en forma de alto el fuego, es decir, algo al estilo, de momento, de lo logrado en Corea el año precedente.

El autor no alcanza a vislumbrar el porqué una Conferencia, prevista para unos pocos días, primariamente convocada para arreglar el *impasse* coreano, lo que concluye es un arreglo para el conflicto abierto indochino y dura, con interrupciones, cerca de tres meses. Observa que los rusos estaban «impul-

sando la marcha hacia el restablecimiento inmediato de la paz», mientras que Estados Unidos, con «postura obstruccionista (...) incluso llegó a amenazar con retirarse de la mesa de negociaciones» (p. 35). ¿Entonces? No son datos ni pistas lo que le faltan al autor.

Ocurrió que Mendès-France entró en escena en plena Conferencia, reemplazando a Bidault, «el hombre de las causas perdidas» (p. 22); el nuevo y genial político no es objeto siquiera de una palabra laudatoria por parte del autor. El paso del entonces político radical por el poder dejó larga estela en la desgraciada política exterior de la IV República. Fue un izquierdista investido por un voto masivo en una Asamblea dominada por la derecha. Hasta los comunistas votaron «sí». Mendès-France planteó una originalidad: conseguir un acuerdo en Indochina para todo el 20 de julio (poco más de un mes) o dimitir; pero hizo constar no tan veladamente la posibilidad de enviar antes el grueso del Ejército metropolitano al teatro de operaciones. Y pocos días después de llegar a Ginebra, el nuevo primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores francés se entrevistaba privadamente con Chu En Lai sin el visto bueno de los americanos. Fue, si se quiere, un gran chantajista. Me extiendo en este punto porque aclarará más cosas que el autor no indica por las razones que sean, probablemente porque los árboles le impiden ver el bosque, es decir, que el conflicto indochino le camufla los desarrollos de la gran política mundial. Porque pretender resolver esta penuria diciendo que «guerra fría, pérdida del monopolio nuclear y Revolución china, son, por tanto, los ejes que van a dinamizar las Relaciones Internacionales de la época» y «aportarían los factores resolutorios de cambio en la marcha del conflicto vietnamita» (pp. 28 y 27), aparte de ser una perogrullada, es una perogrullada incompleta.

Estaba a punto de cuajar por aquel entonces la Comunidad Europea de Defensa (C. E. D.). Rusia no puede permanecer cruzada de brazos ante el progresivo debilitamiento de Francia mientras se trabaja para la creación de un «Ejército Europeo» sin ingleses ni americanos, pero con alemanes. Era lógico pensar que la reconstruida Alemania, libre de todo lastre y compromiso, sería la que llevaría la voz cantante. Y sabemos cómo se le corta, incluso ahora, el aliento al Gobierno soviético cuando hay por en medio el factor germano. De ahí la entente profunda entre De Gaulle y el Kremlin, porque este punto esencial y básico les une más que implícitamente: Alemania no debe constituir nunca más un peligro. En compensación, Moscú soporta resignado una serie de movimientos diplomáticos

del Eliseo, que a la larga dañan más directamente a los intereses rusos que a los americanos. Para Rusia, Francia constituye el único centinela alerta del campo occidental contra un rearme nuclear alemán.

Por eso Rusia presionó al Vietminh imparablemente victorioso no sólo a aceptar un compromiso, sino hasta la partición «provisional», a la altura del paralelo 17 y no otro más meridional. Y Mendès-Frances, conseguidos los Acuerdos de Ginebra, y antes de ser inmolado por la rutina parlamentaria, consiguió torpedear la nonata C. E. D., una institución inventada por los franceses y que el Bundestag había ya ratificado. Para los herederos de Stalin, París también valía una misa; y pudo maniobrase así porque China aún estaba en el tratamiento de sí-camarada-hermano-mayor, es decir, que Moscú decidía por todos, incluidos los triunfantes vietnamitas. Y por si quedan dudas, he aquí al más especial de los *specialassistants* del presidente Eisenhower, digna de tenerse en cuenta:

«Los franceses eran opuestos a la Comunidad Europea de Defensa, porque no podían dejar de lado su natural aversión de construir una vez más el poder militar de Alemania... Con el apoyo del Consejo de Seguridad Nacional, Eisenhower incrementó la participación americana del coste de la guerra de Indochina de 400 millones a 785 millones de dólares, o virtualmente la totalidad de los gastos de la operación militar francesa. Detrás de esta decisión estaba la esperanza de que, hacerse cargo del cheque de Indochina, ayudaría a ganar la aprobación del Tratado de la Comunidad Europea de Defensa en París»⁶.

El autor dice que los Acuerdos de la Conferencia de Ginebra «no [los] firmaron ni los representantes del Sur de Vietnam ni tampoco Estados Unidos» (p. 35). Este punto es vital. Lo que ni Washington ni Saigón firmaron fue la Declaración Final de la Conferencia, cuyo punto principal, el 7, entre otras cosas preveía elecciones generales para julio de 1956⁷, que reunificaría el Norte y el Sur. Estados Unidos, pues, dejaron claramente sentados sus propósitos, sin que ni siquiera pueda imputárseles mala fe, tan descar-

⁶ SHERMAN ADAMS, *Firsthand Report*, Nueva York, 1961, pp. 121-122.

⁷ El autor dice "1958" en su Apéndice Documental (p. 135).

damente en la superficie estaban sus intenciones, a pesar del endorso verbal del subsecretario de Estado Walter Bedell Smith, hablando por la delegación americana⁸. «En este contexto, los acontecimientos post-Ginebra en Vietnam del Sur siguieron un modelo previsible», comenta un autor americano bien *à gauche*, perteneciente a la llamada «escuela revisionista» de la guerra fría⁹.

Si las potencias reunidas hubiesen sido consecuentes, especialmente las comunistas, no se hubieran levantado de la mesa de negociaciones sin conseguir las dos firmas, sin ambages, es decir, la americana y la otra. Con ello no justifico la necia política de la que se harían esclavos. Me limito a constatar hechos, y estos hechos gritan que Ginebra fue un escapismo para todos, en primer lugar para Francia, en segundo posiblemente para Rusia y en último lugar (los demás eran comparsas) para EE. UU. El Vietminh podía esperar mucho militarmente, y Francia nada, pero, debe repetirse, ni Ho Chi Minh ni Mao Tse Tung podían influir demasiado por aquellas lejanas fechas en los designios del Kremlin (aparte de que las posiciones de ambos líderes tampoco coincidían). Y los designios se nutren de prioridades, y éstas, para Moscú, llegado el caso, estarán en Europa—una forma de decir Alemania en tales circunstancias—y sus obsesiones hacia ella. En este sentido debe entenderse lo de *comparsas*, con la particularidad de que los representantes comunistas lo fueron de Moscú, mientras que los occidentales no lo fueron de Washington, como veremos.

Dicho esto parece inútil seguir adelante con el estudio de la famosa Declaración Final, como hace el autor y tantos otros, porque de lo que el mundo debería haberse maravillado no es de que los americanos actuasen en consecuencia con su actitud en Ginebra, sino de que a pesar de ella (no haber firmado la Declaración entre otras cosas) hubiesen aceptado las elecciones en su momento.

De la inmoralidad americana, suponiendo que la política admita tratamientos éticos, fue cómplice una inmoralidad colectiva: el de largarse de Ginebra sin haber conseguido un compromiso sobre bases sólidas y duraderas. La Conferencia consiguió el alto el fuego, pero fue una conferencia que, más que en Yalta o Potsdam, pocos podían llamarse a engaño sobre el futuro; tan sobrados eran los datos para que no admitiesen especulaciones. Váyase a

⁸ *Department of State Bulletin*, 2 de agosto de 1954, p. 162.

⁹ DAVID HOROWITZ, *From Yalta to Vietnam*, Harmondsworth (Inglaterra), 1967, p. 148. (Hay traducción española reciente.)

saber si las especulaciones soviéticas consistían en dejar el asunto en *statu quo*, es decir, petrificado, como ocurrió con Corea, y como tantos existen por el mundo. Parece que su filosofía fue la de *peor es meneallo*. Pero a fines de los cincuenta salió a flote la pugna Moscú-Pekín y Hanoi supo que pudo contar con este factor, ausente en 1954. En todo caso la lucha en el Sur no comenzó prácticamente hasta tres o cuatro años después de haber vencido el plazo para las escrituradas y nunca celebradas elecciones.

Lo normal de los tratados, llegado el caso, es quebrantarlos a pesar de las firmas; de Ginebra se esperó angelicalmente que la dialéctica dullesiana cumplimentaría en su momento lo que se esforzó en hacer zozobrar durante las conversaciones. Como se dice en francés, Ginebra fue una especie de *fuite en avant* y un avestruzismo generalizado por distintas razones.

Se contentaron con asegurarse un factor a cortísimo plazo, al contado: un alto el fuego, hecho más respetuoso con las promesas de un futuro, y ese futuro sería presente tan sólo dos años después, replanteando una situación más agudamente. Y hay más. Bastantes cláusulas comenzaron a ser violadas (por ambos lados) durante este bienio, sin que la Comisión tripartita de vigilancia—India, Polonia y Canadá—hiciera demasiado para denunciarlo. En definitiva, pues, la cuestión no era tanto la de devolver la vida a un pueblo como la de sacudirse un muerto. Luego Alá proveería. Y en este sentido, franceses, ingleses y rusos actuaron a una *contra* los americanos.

Anthony Eden, entonces secretario del Foreign Office, nos cuenta cuán ansioso estaba de conseguir un acuerdo que estabilizase aquella zona y estableciese una «barrera efectiva tan al norte [de Malaya] como fuese posible» contra la amenaza comunista, y dice que Molotov, su colega soviético (ambos eran co-presidentes de la Conferencia) estaba «auténticamente ansioso de alcanzar un acuerdo»¹⁰. El único impertérrito ante la situación era John Foster Dulles, nos dice Horowitz, que llegó a evitar a todo trance cruzar la mirada con Chu En Lai. Dulles abandonó la Conferencia a la mitad, e intentó boicotear el acuerdo final rehusándolo firmar. Ahí Washington fue desbordado por la acción conjunta anglo-rusa, que acordó que «con objeto de eliminar el problema de la firma, la declaración debería tener un encabezamiento en el que todos los países participantes serían incluidos», con lo que *ipso facto* se incluía Estados Unidos¹¹. Tan sólo un par de semanas antes de la Conferencia,

¹⁰ Sir ANTHONY EDEN, *Full Circle*, Londres, 1960, pp. 87 y 121.

¹¹ *Ibidem*, p. 142.

Eisenhower había declarado sin subterfugios: «Yo no seré parte de un tratado que hace esclavos a todos; eso es todo lo que hay»¹². Tales eran los deseos norteamericanos de precipitar la derrota de los franceses que tan alegremente nos ha venido afirmando el autor¹³.

¹² *Time* del 12 de julio de 1954. El mismo día de conseguirse los Acuerdos, Eisenhower declaró a la Prensa: "... En consecuencia, Estados Unidos mismos no han tomado parte en las decisiones tomadas por la Conferencia y no están ligados por ellas. Pero es nuestra esperanza que ello llevará al establecimiento de una paz conforme con los derechos y necesidades de los países interesados. El acuerdo contiene elementos que no nos gustan, pero mucho depende de la forma que estos elementos serán aplicados..." *The Times* del 22 de julio de 1954.

¹³ Se podría llegar hasta la saciedad extrayendo declaraciones y artículos de aquellos momentos, que nos subrayarían la tesis de desconfianza, abdicación, escapismo y pseudo-triunfalismo que he sostenido. Así, por ejemplo, para demostrar hasta qué punto la situación era incierta, la misma *víspera* de los Acuerdos ginebrinos, el prestigioso *Le Monde* escribía:

"El Vietminh se ha afirmado sin duda en el plano militar. Chu En Lai, todavía más en el plano diplomático. A pesar de todo, la U. R. S. S. permanece el corazón del mundo comunista. En la lucha implacable que opone el Este y el Oeste ella sola posee la potencia industrial y militar que permite asegurar la seguridad de los países del bloque comunista y que pone al Vietminh en medida de proseguir en condiciones favorables un combate moderno cada vez más encarnizado." Y sigue añadiendo: "El Vietminh quiere ante todo elecciones generales en Vietnam, elecciones de las que espera un verdadero plebiscito en su favor; no ignora que un alto el fuego sin elecciones, conduciría a una partición *de facto* de Vietnam..." Y más adelante dirá: "Queda la Unión Soviética. No se ve, a primera vista, lo que ésta tiene que ganar en un cese del combate. Por una parte la guerra reafirma su influencia sobre China comunista, mientras que por el contrario una "détente internationale" aproximaría a Pekín a Occidente, en el plano por lo menos de las relaciones económicas y comerciales; por otra parte debilitaría a Francia, que se vuelve en consecuencia más sensible al peligro de un renacimiento del militarismo alemán." También teme Moscú que una Francia derrotada se eche en brazos de Estados Unidos. *Le Monde* del 20 de julio de 1954.

Tres días más tarde el mismo rotativo diría que "de una manera general, el campo oriental ha hecho más concesiones que el occidental...", *Le Monde* del 23 de julio de 1954. Esto coordina con las declaraciones del general Bevell Smith ante los líderes del Congreso, que hablaban de Ginebra como un Munich extremo-oriental: "... será bueno recordar que la diplomacia raramente ha sido capaz de ganar en la mesa de conferencias lo que no ha podido ganarse o mantenerse en el campo de batalla", *The New York Herald Tribune* del 24 de julio de 1954.

El sesudo *Times* londinense se hace eco de las reacciones comunistas: "... El punto que todos los comentarios comunistas subrayan con especial júbilo es que el acuerdo se ha alcanzado sin la participación de Estados Unidos; y contra su voluntad y a pesar de los

No es en modo alguno un tratamiento jurídico el que estoy efectuando, pues en esta materia, cuando repercute en carne viva, mi pensamiento es similar al del autor. Sólo politizó un acto jurídico que nunca, de hecho, dejó de ser cien por cien político.

El autor, que no se fía de los americanos, aunque digan que dos y dos son cuatro, asombra por la facilidad con que acepta la versión oficial del momento, sin sombra de espíritu crítico, acerca de los incidentes del Golfo de Tonkín (agosto de 1964), pese a los recientes rumores y declaraciones que en torno al caso han habido posteriormente, concretamente una a cargo de uno de los comandantes de los buques afectados. El autor se limita a mencionar «la aplicación de represalias por el ataque efectuado a los dos destructores que se encontraban en el Golfo de Tonkín, en aguas jurisdiccionales de la República Democrática de Vietnam...» (p. 74). Resultaría, según nuevos datos no tan recientes, que *no habría habido ataque nordvietnamita*, sino pura y simplemente ataque americano contra lanchas torpederas a la vista. No hubo, pues, «represalias». El autor, nunca jurista si puede, se agarra al clavo de la soberanía violada para justificar un ataque que no habría tenido lugar. Pero el asunto traería cola, una gran cola político-militar, como vamos a ver a continuación.

“intentos americanos de torpedear la Conferencia” (...). Mr. Eden, a quien Mr. Molotov rindió un cálido cumplido en la reunión de despedida de Ginebra, hasta el momento no ha recibido la atención debida en la Prensa rusa...” *The Times* del 24 de julio de 1954.

Anthony Eden declaraba en Ginebra: “... Los acuerdos concluidos hoy no podían, por la naturaleza de las cosas, dar completa satisfacción a cada uno (...). Con objeto de conseguir un alto el fuego, hemos diseñado una serie de acuerdos. Son lo mejor que nuestras manos pudieron componer. Toda la voluntad depende ahora del espíritu con que estos acuerdos sean observados y aplicados...”. *The New York Times* del 22 de julio de 1954.

Mendès-France exponía ante la Asamblea Nacional francesa: “... ¿Cuál será el futuro de los elementos no comunistas en Indochina? Es sobre sus dirigentes que reposa el futuro. Ellos deben demostrar, en el plazo que se les ha acordado, que un régimen liberal puede oponerse a un régimen comunista (...). Yo digo aquí que las elecciones pueden ser ganadas.” *Le Soir* del 24 de julio de 1954.

Ho Chi Minh se dirigía a su pueblo por radio: “... El reajuste de las zonas no significa una división del territorio por el Gobierno (...). Nuestro país será unificado, nuestros compatriotas de las tres zonas serán con toda seguridad liberados. Debemos respetar las cláusulas del tratado firmado con el Gobierno francés y exigir que este último cumpla los compromisos tomados”. *Le Monde* del 27 de julio de 1954.

El círculo vicioso parece cerrado.

Tampoco es bastante decir que las Cámaras americanas autorizaron el «uso de represalias». Habría que decir que por dicho(s) incidente(s) Johnson se hizo otorgar *plenos poderes indefinidamente*, es decir, que consiguió politizar al máximo un expediente legalista concreto en apariencia de alcance limitado, con el agravante de que a su vez habría sido motivado por una prefabricación. El autor encuentra más cómodo hablarnos un poquito del incidente del «U-2» o del «buque-espía *Pueblo*» (pp. 74 y 75)¹⁴.

Estados Unidos, «a partir del llamado incidente del Golfo de Tonkín, se lanzó a la agresión directa y no justificada: el bombardeo de las zonas civiles del Norte» (pp. 44 y 45). No fue «a partir de»; fue *al cabo de* seis meses. Y las zonas bombardeadas no fueron ni son necesariamente «civiles». En cualquier caso, hay un yerro aparatoso al precisar la fecha más sintomática del presente planteamiento vietnamita; «... el 7 de febrero de 1965, fuerzas también del Ejército de Liberación se lanzaban sobre la base americana de Pleiku. La respuesta no se hizo esperar: el día 2 de marzo de 1965, ciento sesenta aviones norteamericanos bombardeaban el territorio de la República Democrática de Vietnam; es el paso definitivo en la estrategia de la escalada...» (p. 75). «Paso definitivo», en efecto, derivado de aquellos plenos poderes conseguidos fraudulentamente por Johnson medio año antes¹⁵. El «la respuesta no se hizo esperar» del autor es una espera de veintitrés días; la real fue de apenas *doce horas*, el mismo día de lo de Pleiku. ¿Fue, pues, represalia o pretexto?; pues los vuelos al norte del paralelo 17 ya no cesarían. Por eso, cuando se afirma que la Casa Blanca hizo pública una nota «cinco días más tarde, el 7 de marzo», lo que se quiere decir realmente es también el *mismo día*, 7 de febrero, pues el caso, como se comprenderá, tenía su urgencia, máxime considerando que acababa de llegar a Hanoi nada menos que Kosygin. Este encadenamiento de equivocaciones es tanto más curioso porque la referencia de la nota de pie es exacta, salvando el detalle de situar la nota de la Casa Blanca diez años atrás. En consecuencia, pues, cuando al final de la página se hablará del «mes de abril del mismo año, sólo un mes más tarde...», habrá que entender *dos* meses más tarde, a no ser que por abril se quiera indicar

¹⁴ Buscando una posible conexión del caso *Pueblo* con Vietnam, véase mi artículo en *Madrid* del 2 de febrero de 1968: «Corea, dieciocho años después (a propósito del incidente *Pueblo*)».

¹⁵ Sobre el problema de la legalidad constitucional de la política presidencial, véase FRANCIS D. WORMUTH, *The Vietnam War: The President versus the Constitution*, Santa Bárbara, The Center for the Study of Democratic Institution, abril 1968.

marzo. Y así sucesivamente. En fin... Lo que debe remarcar es que el 7 de febrero de 1965 en el conflicto de Vietnam es el equivalente, en importancia cronológica, de lo que 1492, 1789 ó 1917 suponen para la Historia universal.

Surgen imprecisiones cuando el autor entra en conflicto con la S. E. A. T. O., "cuyo Protocolo anexo dice: «Los Estados Unidos, signatarios del Pacto, reconocen que Laos, Camboya y Vietnam del Sur se beneficiarán de las ventajas ofrecidas por el artículo 4.º del presente Tratado» (...). La inclusión de la zona Sur de Vietnam en tal Pacto está en franca violación del artículo 19 de los Acuerdos de Ginebra que prohíbe terminantemente «que las zonas que son atribuidas formen parte de una alianza militar»" (pp. 55 y 56). Vietnam del Sur *no forma parte* de la S. E. A. T. O. sino que la Organización lo incluye en su área de defensa en caso de sufrir ataque o «subversión», como Vietnam del Norte entra implícitamente en la del campo socialista..., o cuando menos así se suponía antes de la escalada. Vietnam del Sur no es signatario del Tratado, como tampoco lo son Laos o Camboya. De todas maneras, el autor, siguiendo su costumbre, no indica fuente del extracto citado. Se limita a usar el entrecomillado. Desde luego, eso debería ser suficiente si mis fuentes no rezasen diferentemente. El Protocolo al Tratado de la S. E. A. T. O. no dice nada de «Los Estados Unidos, signatarios del Pacto (...)», como indica el autor, sino que se habla de «Las Partes Contratantes (...) designan unánimemente (...)», etc.¹⁶.

¹⁶ *Cuadernos de Política Internacional* (Madrid), 19, julio-septiembre 1954, p. 200.

El Pacto de Manila posiblemente fue el premio de consolación—o la carnaza—que los británicos regalaron a los americanos, prometiéndoles su presencia en la Organización a cambio de que se avinieran a no poner obstáculos insalvables para un punto final al problema indochino. La realidad es que ningún Estado miembro se la tomó nunca demasiado en serio; ni siquiera la Francia gaullista se toma la molestia de darse de baja oficialmente, como ha hecho con la O. T. A. N. El vínculo entre Ginebra y Manila lo estableció claramente el *final* de la declaración del presidente Eisenhower en la conferencia de Prensa que convocó con motivo de los Acuerdos de Ginebra: "Estados Unidos prosigue activamente las conversaciones con otras naciones libres con vistas a la rápida organización de una defensa colectiva en el Sudeste de Asia, destinada a impedir nuevas agresiones comunistas directas o indirectas en esta parte del mundo." *The New York Times*, 22 julio 1954. El Tratado de la S. E. A. T. O. se firmaba en septiembre. También los ingleses encontrarían la compensación haciendo apoyar por los reticentes Estados Unidos el Pacto de Bagdad, que se estaba construyendo por este período.

La primera parte del libro termina con la liquidación del régimen Diem en noviembre de 1963, por lo que la segunda parte, «ideológica», no tiene más remedio que seguir siendo histórica..., o al menos histórica también, para acompañarnos en los acontecimientos de casi un lustro. Abarca, pues, el período llamado de «escalada», del que ya vimos algo. Pero la gradación de la escalada no se apreciará.

«... con anterioridad a la firma de los citados Acuerdos [de Ginebra], Estados Unidos había ido ocupando modestas, pero seguras posiciones, mediante una sutil penetración de carácter económico» (p. 67). Lo que de hecho quiere decir es penetración a través de la *ayuda* económica; por «penetración económica» suele entenderse el progresivo control económico de un país (y por ello también político en determinados contextos) a través de inversiones estratégicas, por ejemplo, la acción estadounidense del sur de Río Grande para abajo. Es posible que hoy Francia, a catorce años de su derrota, conserve más intereses económicos que los establecidos por los americanos. El Pentágono se lanzó a la aventura del Sudeste asiático por razones eminentemente estratégicas y sigue su derrotero allí por razones crecientemente psicológicas. Y para manipular mejor a las corruptas élites, EE. UU. las baña con una lluvia de dólares. Es lo que se admitirá en la página 91 cuando nos señala que «al Sudeste asiático no acude Estados Unidos, como en América Latina, por ejemplo, para salvar unos intereses económicos concretos puestos en peligro por la subversión interna. Estados Unidos no cuenta con unas inversiones de magnitud en Vietnam». Perfecto. Aquí podría haberlo dejado, pero debe dejar a buen cubierto la línea de la ortodoxia, insistiendo: «Ello no quiere decir que el hecho económico se encuentre ausente del conflicto, cosa que en buena lógica es inviable en cualquier fenómeno de este tipo» (pp. 91 y 92). La función gramatical de «inviable» dentro del recargado contexto no es demasiado clara, a no ser que tengamos presente la intencionalidad del autor.

El primer epígrafe de la II parte (pp. 67-72) no guarda ninguna relación con Vietnam, pero debe entenderse como una contribución ideológica a la obra, hablándonos de la política americana en su propio hemisferio y en especial en «El Caribe». Es totalmente insustancial, por lo que mejor habría sido dejarlo al buen juicio del lector. Son enumeradas un serial de barbaridades americanas, si bien olvidando la que a mi juicio constituye la más retorcida de todas: cómo se arrancó Panamá de Colombia y cómo se arrancó el Canal

de Panamá de los nuevos soberanos panameños. A su lado, algunos de los apuntados sacrilegios yankis no pasan de ser pecadillos sin intención. Puestos a decir cosas, también el autor pierde una ocasión excelente de arriesgar algún juicio sabroso sobre la llamada Alianza para el Progreso, ni siquiera mencionada, lo que podría inducir al lector no avezado a creer que funciona a pedir de boca.

El tercer epígrafe de esta segunda parte es sin duda alguna el mejor, y se hubiera coronado sin glorias, pero sin baches, si el autor se hubiese limitado a esbozar las ideas del internacionalista americano Quincy Wright y las opuestas. Trata del «debate americano sobre la legalidad del conflicto». Pero el autor no puede resistir la tentación de introducir un elefante en la tienda de porcelana: «El motivo principal para no proseguir con tan apasionante debate es el convencimiento de que el ceñirse al planteamiento jurídico del conflicto vietnamita es incurrir en una gravísima falta de despolitización; y el hacer discurrir la adopción de posturas por las vías de una polémica bizantina equivale a una acción colaboracionista con la orientación sospechosa de suprimir los perfiles políticos de la guerra de Vietnam» (p. 88). (párrafo, dicho sea de paso, sin desperdicio). Y sigue profanando un epígrafe prometedor, asistiéndose, por ejemplo, al descubrimiento de que los americanos intervinieron «en Irán en 1951» (?) (p. 89).

Desestimadas las razones económicas de la intervención, subestimadas las posibles razones estratégicas (p. 97) (ni siquiera se hace mención a la discutida «teoría del dominó», aunque fuera para refutarla), el autor sigue la búsqueda del cabo del ovillo: «... un especialista en Relaciones Internacionales podría añadir otra posible causa explicativa de la presencia de Estados Unidos en Vietnam: el mantenimiento de su prestigio de Gran Potencia». Y prosigue ya más a sus anchas: «Criterio que tuvo enorme boga en la época colonial del siglo XIX, cuando los países europeos medían su importancia por los territorios ocupados y por el incremento de poder que tal ocupación les reportaba. Ahora bien, en la segunda mitad del siglo XX, estos módulos han perdido validez; los pueblos tienen fijados sus criterios de apreciación y competencia en otros aspectos: una escala que tiene como polos máximos lo científico y lo social» (p. 98). Lo que dice de la segunda mitad del siglo XX es aplicable a la primera mitad de 1968; desgraciadamente, siguiendo el criterio dialéctico del autor, en la segunda mitad del citado año los rusos—los

soviéticos—se empeñaron en desenterrar el modelo colonial del siglo XIX e invadieron Checoslovaquia en busca de un Ngo Dinh Diem o un Cao Ky con cara de eslavo y obediente, personaje que, mientras se redactan estas líneas, todavía no han encontrado.

Aprovecha también la página 98 para culpar a los americanos de «la sangre vertida en Indonesia», consecuencia inexorable de la imaginativa tramoya montada por el inefable Sukarnó, y que los soviéticos culpan de venirse estrepitosamente abajo por el cortocircuito provocado por los buenos consejos chinos a los comunistas locales. Y, naturalmente, al debe de los americanos se carga la larga lista de «interminables golpes de Estado sucedidos en África bajo su inspiración». El autor de nuevo hace gala de una gran temeridad. Pues para los americanos, una cosa es pescar en río revuelto y otra es revolver el río por rutina. (En el caso concreto de «África» tengo el presentimiento que el Departamento de Estado no sabe exactamente dónde están situados bastantes de los nuevos Estados, a diferencia de las cartografías que se manejan en París o Londres).

Así, puestos a decir cosas, el autor subraya «el hecho ya tan repetido de la desertión en masa a las filas de los patriotas» por los soldados sudvietnamitas (p. 99). Es cierto que hay «deserción», pero no es cierto que sea «en masa» los que se pasan a los patriotas. Los desertores tratan de esfumarse, de terminar la guerra personalmente, no de proseguirla desde el otro lado. La gran esperanza puesta por el F. L. N. en un levantamiento general o una desertión en masa, o ambos, cuando la ofensiva Tet de pasado febrero, quedó en nada. Que el Vietcong y los nordvietnamitas son cien veces más combativos que los gubernamentales es evidente, pero que la población civil está harta de tanta metralla y tanta guerra, también lo parece. Otra vez el autor ha confundido los deseos con las realidades.

Refiriéndose a Norteamérica, señala: «Junto al fenómeno de la guerra fría y la persistencia de las estructuras militares en el país, anotábamos la presencia de la gran maquinaria de la industria pesada; con unos intereses de las grandes empresas a los cuales no se iba a renunciar voluntariamente (...). Esta sería, en principio, una interpretación mecanicista y *ortodoxa* (énfasis mío) de la belicosidad capitalista; ahora bien, la guerra de Vietnam está produciendo en Estados Unidos una serie de conflictos económicos que

escapan totalmente a esta aproximación, un tanto infantil o burda, al militarismo americano» (p. 92). Aquí el autor es mejor observador, aunque busque un apoyo en frase ajena: «La guerra de Vietnam excede las posibilidades financieras de Estados Unidos» (p. 93). Con ello penetra en la «buena lógica» del asunto, económicamente interpretando, ya que Washington «sigue los derroteros de una absoluta irracionalidad» (p. 95). (Personalmente admito la última palabra, pero no arriesgaría la penúltima). Pero la técnica—o falta de ella—del autor es de no dar nunca un tema por zanjado, ignoro si con objeto de que el tema siga abierto y por ende sea continuable.

Hemos visto cómo la primera interpretación económica ha ido derivando en otra contraeconómica o antieconómica, es decir, en una dialéctica tesis-antítesis tal que esta vez parece que nos quedamos sin síntesis, o, lo que debe ser peor para el autor, la síntesis se le ha encabritado y no puede con ella. Pero ya es algo que el apriorismo doctrinal tenga en cuenta los hechos, los pobres hechos.

La alternativa a la línea ortodoxa la recoge de Sartre, quien a su vez la obtiene del general Maxwell Taylor: «La guerrilla no es rentable». Esa es «la única causación económica efectiva (...) señalada por J. P. Sartre» (páginas 99 y 100). Por desgracia, una vez más, haciendo alardes de inseguridad, aunque sea en detalles, nos indica unas páginas más adelante: «El general Westmoreland, a finales de octubre de 1967, pronunciaba una frase que ya hemos citado: «Hacemos la guerra en Vietnam para demostrar que la guerrilla no es rentable» (p. 104). Aparte la menudencia de que la frase la pronuncien dos generales distintos, se ha interpretado mal a Sartre, o si Sartre dice lo que se le hace decir, entonces es que el filósofo francés interpreta mal la frase del militar (o militares). Porque la «causación económica» no se la ve por ninguna parte. El uso del término «rentable» no da para más, aunque en principio sea un vocablo de economía. Por todo lo cual está por de más que el autor nos confiese sus reservas por su «formación no economicista» (p. 92).

U. S. A. se asomaba al Vietnam en verano de 1954 «con el prestigio del triunfo todavía reciente sobre las fuerzas totalitarias de la Europa Hitleriana, pero con el signo de la decadencia marcado por la guerra de Corea...» (p. 67). «La segunda guerra mundial y la guerra fría dejaron a Estados Unidos con unas estructuras de soldados profesionales y con una industria pesada a pleno funcionamiento y a máximo beneficio; nadie fue licenciado al llegar

los días de paz, entre otros motivos, y es la razón principal, porque industriales y militares habían escalado y conquistado el Poder y determinarían el rumbo concreto de la política exterior americana...» (p. 70). Norteamérica desmovilizó *masiva, apresurada e imprudentemente* al concluir la segunda guerra mundial; quien no hizo nada de eso fue la Rusia de Stalin.

Pero la razón de la desmovilización americana no era por razones filantrópicas o inexplicables; como dice el propio autor, los americanos disponían del monopolio nuclear, es decir, que prácticamente disponían de un arma absoluta, y en él reposó la política militar americana de la postguerra. Por eso, cuando en 1950 sobrevino lo de Corea, Estados Unidos estaban virtualmente desprovistos de fuerzas terrestres armadas convencionalmente, hasta el punto de tener que disponer de la mayor parte de las pocas divisiones que ocupaban Japón, aun a sabiendas de que el archipiélago quedaba virtualmente desguarnecido. Fue durante este conflicto que el civil Truman destituyó al militar politizante MacArthur, y fue un militar, Eisenhower, quien terminó el conflicto, posiblemente facilitado por la muerte de Stalin y cierto uso del «chantaje nuclear», si es que puede hablarse de chantaje cuando Rusia disponía ya de bombas A y hasta de la H. Y fue «Ike» quien en su mensaje de despedida llamó la atención al país contra el peligro de que un día militares y grandes industriales llegaran a una inteligencia excesiva, fenómeno que parece que *ahora* estamos presenciando. El autor vio el lobo por obsesión, no por observación¹⁷.

No debe extrañarse al aprender que «el fenómeno Roosevelt, primero, y ciertos rasgos aislados del mito Kennedy, después, sólo tienen el valor de un comportamiento individual excepcional y sin significación...» (p. 69). En compensación, cuando se podría exagerar la nota no se pasa del peldaño más bajo. Así nos dice concluyendo la obra: «Llegados a este punto de reflexión, cuando aún nos interrogamos sobre el camino que finalmente pueda elegir el Gobierno de Estados Unidos, llámese Johnson o Kennedy...» (p. 127). O sea, que ni siquiera intuye la posibilidad, en febrero (aunque el libro se feche en *abril*, cuando ya Johnson había anunciado espectacularmente su retirada de la política al terminar su mandato), de un triunfo de Nixon, o en

¹⁷ Sobre la naturaleza y envergadura del creciente complejo militar-industrial norteamericano, véase el gran discurso pronunciado por el senador Fulbright el pasado 13 de diciembre. *The Times* del 14 diciembre 1967.

todo caso de los republicanos, que cuajan mejor en la imagen que de U. S. A. se ha forjado el autor.

«... una Europa que se ha convertido en una inmensa base militar norteamericana, continental e insular; no se debe olvidar el comportamiento tipo de un Wilson en una coyuntura histórica en que el socialismo europeo, oficial y clandestino, se alimenta literalmente de los subsidios enviados por Norteamérica; sin mencionar a los regímenes europeos que se suponen ideológicamente incondicionales» (p. 108). «Europa», sin excepciones (aun concediendo al autor que se refiere a la occidental). No hay Suecias, ni Suizas, ni Irlandas (¿por qué no?), ni Finlandias, ni Austrias, ni Francias dentro de la O. T. A. N. o fuera de ella. El pobre socialismo europeo sale vapuleado. Se desprende, *a fortiori*, que la vocación estadounidense es de subvencionarlo todo: democristianismos, liberalismos, centrismos..., y no digamos los «ideológicamente incondicionales», categoría esta última que es de creer será la que les salga *à plus bon marché*, por aquello de ser más de la familia. Como igualmente uno puede aventurarse en colocar el socialismo europeo «clandestino» a la sombra de tales regímenes «incondicionales», con lo que la vocación de pagar facturas se convierte en manía de coleccionarlas.

Lástima que el autor se haya detenido en su borde—no en el borde—del abismo: tenía que decir que América también subvenciona a los partidos comunistas, particularmente el francés. En efecto, el autor sabe que en el asunto de Vietnam, entre otros muchos, las posiciones de París y Washington son contrapuestas desde hace años. De no ser así no se comprendería que ese pobre diablo de De Gaulle no saliera maltrecho de la prueba, lo cual no ocurre, excepto en un momento de duda en que el autor echa el dado: «... el golpe militar que lleva al poder al general De Gaulle en 1958, y con él la entronización de la Quinta República, con una amenaza de eclosión fascista que fue imperfectamente soslayada» (p. 27). La presentación es, una vez más, ambigua, pero lo que no se dice, sin rodeos, es que De Gaulle *salvó* a Francia del fascismo.

Pero he aquí que la Federación Democrática de la Izquierda y Socialista (lo subrayado indica que recibe subsidios de EE. UU., como ya sabemos; no vale camuflarlo diciendo simplemente «de Izquierdas», como intenta el autor) está en muy amistosos tratos y hasta alianza (al menos por el tiempo que el autor escribe) con el Partido Comunista, y no es un secreto que la táctica y estrategia del Partido Comunista galo durante los acontecimientos franceses

de mayo-junio de este año fue de acomodamiento y tranquilizador, situándose incluso a la derecha de sus burgueses aliados. Con ello, los comunistas, portadores exclusivos y permanentes de la revolución del autor, pretenden derribar electoral y parlamentariamente al gaullismo reaccionario, pero cuando se les ofrece la ocasión de demostrar la revolución como praxis, aparentemente servida en bandeja, se echan para atrás; la catástrofe inmediata será la *vox populi* expresada en las urnas. Unas semanas antes de tales acontecimientos, el autor lo perfilaba así: «... una Francia, cuya gran oposición, la Federación de Izquierdas, enarbola en su programa de política exterior la defensa a ultranza de la alianza atlántica; lo que automáticamente desplaza a la izquierda efectiva exterior al general De Gaulle» (p. 118). Entonces, ¿qué pinta, qué desea, cuál es el propósito del Partido Comunista francés?

El autor, consecuente consigo mismo, desecha el debate político interno americano sobre el Vietnam, remarcando que «en un país dominado por estructuras cuartelarias y con esquemas de pensamientos elementales, es un lujo intelectual hablar de un duelo mortal entre 'Halcones y Palomas', calificativos que no tienen validez ni tan siquiera como licencia poética» (p. 110). Sin entrar en indagaciones sobre el «lujo intelectual», de nuevo obtenemos un ejemplo de que el matiz—«es más profundo que un abismo, es un matiz», dijo alguien—no entra en sus reflexiones. Exigir otra cosa sería pedir peras al olmo, como lo es pedir a Pekín que establezca una diferenciación entre Novotny y Dubcek o entre Dubcek y Breznev, pues salta a la vista que todos ellos son un atajo de revisionistas que actúan de acuerdo con los imperialistas yankis. Son los resultados de puritanismos inarticulados.

El autor extracta y comenta los «nueve puntos» hechos públicos por el Gobierno de Hanoi en febrero de 1968, de dos de los cuales señala: «4.º En cuanto al problema de procedimiento, el punto más importante es el del cese de los bombardeos sobre el Norte; en este punto, los vietnamitas son de una extrema firmeza.

5.º En consecuencia, sólo una disminución de los bombardeos, por sensible que fuese, no sería suficiente: cese total» (p. 113).

Johnson, el último día de marzo, daba el golpe de teatro haciendo pública su no presentación a la reelección y anunciando una política de bombardeos de Vietnam del Norte de menor alcance; el 3 de abril, prosiguiendo los bombardeos bajo la nueva modalidad, comunicaba por radio y televisión que había decidido establecer contacto con Hanoi; y *el mismo día* Hanoi acep-

taba la propuesta. Exactamente un mes después seleccionaban de común acuerdo a París como lugar de las negociaciones. Y es que el autor adoptando la posición jurista—o de «leguleyo» que le llama él a eso—comenta un texto del que deberían holgar comentarios. El instinto de la gran política no los facilita la simple lectura de los textos legales.

Eso también nos dice que la obra fue concluida *a toda prisa* en febrero, sin detenerse siquiera a tomar en consideración factores tan representativos como la semideserción de McNamara, la destitución de Westmoreland, las especulaciones atómicas a que dio lugar el cerco de Khe Sanh, la «fórmula de San Antonio»... Todo lo cual muestra en qué proporción el libro está hecho de los anticuados artículos del propio autor, uno de los cuales constituye la «guía principalísima» (p. 17).

El lector buscará en balde aspectos que tienen su interés, tales como que en Vietnam luchan «aliados» como thailandeses, filipinos, neozelandeses, australianos y sudcoreanos (éstos en número de unos 50.000, que contribuirían al incidente del *Pueblo*), además de los ya conocidos. Aparte de escenas espeluznantes de la guerra, no se aporta ninguna estadística de la matanza y de la metralla, que harían más vivas sus estampas. Conocer los ejércitos en presencia ocasionará trabajo. Ya hemos constatado la dificultad que el autor tiene en manejar números y fechas. Tal vez al lector le interesaría saber que el tonelaje de bombas arrojado sobre el norte de Vietnam debe haber ya sobrepasado al caído sobre las metrópolis del Eje durante la segunda guerra mundial, si bien el número de víctimas es infinitamente inferior en el Sudeste asiático. Podrá haber «genocidio», pero el dato es suficientemente elocuente para demostrar que en modo alguno los objetivos civiles constituyen la debilidad de los pilotos americanos. Se podrá aducir, desde luego, que la población de Vietnam del Norte es mucho menor que la de Alemania, Italia y Japón, pero entonces habrá que aducir que el territorio también lo es. En última instancia el dato definitivo es que Hanoi, la capital, sigue, bien que mal, su vida y que los diques sobre el río Rojo están intactos. Lo que pueda ocurrir en el futuro es ya otra materia.

El autor interpreta ante Europa el papel de un Zola. ¡Yo acuso! Y acusa y maltrata. Pudimos ver ya algo de ello. Así, en los tristes años treinta, los Gobiernos europeos asistieron «gustosos al holocausto de Etiopía, Austria, Checoslovaquia y Polonia...» (p. 119). «Gustosos» hubiera sido mejor reemplazarlo por pasivos, impertérritos o melindrosos; de todas maneras, las ga-

rantías dadas a Polonia fueron la espoleta de la guerra, esa Polonia que Rusia ayudó a descuartizar, con todos los peros que se quieran.

En la página 118, de unos plumazos despacha a los alemanes (los federales), los italianos, los británicos, salvándose de la quema Pablo VI y De Gaulle. «Para hablar sólo de los países europeos que aún pueden presumir de cierta influencia y autonomía en las relaciones internacionales; los demás, no cuentan: o se han entregado a los placeres de una sociedad de consumo o son unos simples peones al servicio del Pentágono». Más adelante volverá a la carga con ímpetu indisminuido: «Los aliados de Estados Unidos se consideran asimismo, y cada uno de ellos, como un alter ego del Departamento de Estado; la verdad es que sólo son ciudades vasallas sometidas a un régimen de absoluta dependencia» (p. 122).

Yo ya tenía noción de que el «peso específico» europeo en el concierto internacional había llegado muy a menos, pero llena de estupor conocer al nivel a que hemos descendido. Lo que entonces no se explica es que ni una sola de estas «ciudades vasallas» bajo «absoluta dependencia» haya enviado un solo hombre con un fusil, a título simbólico (quiero decir simbólicamente comprometedor) a luchar codo a codo con los americanos en Vietnam, esos aliados garantes de la Europa «libre»; y que la apuntada Gran Bretaña, sostenida a fuerza de dólares, se sienta con humor de enviar algún que otro barco a Haiphong; ni tampoco que París sea la sede electa por los norvietnamitas para celebrar las negociaciones; ni, en definitiva, que la Suecia neutral desde bastante antes de que el dólar circulara por Europa sea refugio de los desertores americanos o que su capital se convierta en plaza pública de las sesiones del llamado Tribunal Russell, que París, diplomáticamente, rehusó albergar. Es la misma porción de Europa que hace la vida menos ingrata a la isla de Fidel Castro, cuyo cerco diplomático y económico, hay que decirlo, hasta la España de Franco se entretiene en agrietar.

El tema de la «sociedad de consumo», meta de los marxistas de Moscú para acá, y que ha encontrado espacio en el III Programa del Partido Comunista soviético, durante la etapa de Krustchev, es objeto de alguna que otra andanada por parte del autor, para quien las *mass communications* estarían confabuladas para deformar a las multitudes europeas ofreciéndoles «una imagen peculiar de una guerra sobre todo *muy lejana*; una guerra que no tiene que preocupar, porque no llegará a Europa». Parece como si al precio de la vida de los vietnamitas «los europeos comprasen la felicidad de su

lavadora, de su nevera, de su coche, de su televisor, de sus vacaciones en cualquier soleada costa mediterránea» (p. 119). La lista está completa, al menos a nivel de burgués sin excesivas exigencias.

Meterse con la sociedad de consumo es más un *affaire* Cohn-Bendit; el propósito comunista es de elevar a *todos* a esas suculencias. Cohn-Bendit tiene el rasgo brillante de ser consecuente con su sistema de ideas, probablemente anodino, pero sin cortapisas, ni tabúes, ni gazmoñerías, ni *arrière-pensées*, sentando como principio básico *sine qua non* que lo primero que hay que hacer para lograr algo nuevo es echarlo todo por la borda. Cohn-Bendit lo hace todo, incluso flotar por las nubes; todo menos andar con muletas, o por lo menos, si lo hace, no tropieza con ellas.

Estos asaltos contra la «sociedad de consumo» a lo mejor no están desconectados con aquello de «una falta de comunicación entre el mercado consumidor y los canales de fabricación del libro» (p. 7), que indica el autor refiriéndose al Vietnam como información. *Voilà* una frase de *marketing* capaz de entretener a un psicoanalista.

El «sprint» final llega a lo insólito: salta a las conclusiones más inesperadamente ingenuas sin siquiera detenerse en lo trivial. La conclusión es que sólo la Unión Soviética puede «frenar y detener la carrera de muerte en el Sudeste asiático» (p. 122). El belicismo chino se traduce esencialmente en «recurso verbal» como prudente respuesta al «chantaje nuclear» de que es constantemente objeto (p. 123) (he aquí los famosos «tigres de papel»). El lector no tiene que juzgar «tampoco precipitadamente el fenómeno de la Revolución Cultural (...), que, aparte, una indiscutible y distinta faceta de culto a la personalidad, pone sobre el tapete, a más de una preparación mental y física frente a un amenazante enemigo superior, cuestiones mucho más trascendentes para la experiencia adquirida de la praxis revolucionaria... En resumen, [plantea] un problema que nunca ha perdido importancia política ni categoría filosófica: el que atañe a la posibilidad de la permanencia de la Revolución» (p. 124). ¿Trotskyismo? Yo sólo pregunto. Pero parece deducirse, por comparación—o exclusión—que la *revolución* comunista rusa es cosa ya de la Historia. De todos modos, el autor ha hecho un esfuerzo de síntesis para destilarnos algunas de las teorías y adivinanzas que se barajan acerca de la «Revolución Cultural» china, una manera de decir que nos quedamos como estábamos en lo que a conocimiento afecta.

La escalada sigue su camino: «En la actualidad, pese a rencillas, posibles

cismas más o menos prefabricados, y por encima de los debates ideológicos que enriquecen a un movimiento en vías de desarrollo, el Gobierno norteamericano no puede poner en duda la solidaridad del mundo socialista con el pueblo de Vietnam» (p. 126). El autor no indica si entre los «prefabricados» entra el que los chinos tengan tantas o más fuerzas desplegadas a lo largo de la frontera siberiana que en la del Vietnam o frente a Formosa, como tampoco las sistemáticas obstaculizaciones y hasta interrupciones del transporte del armamento soviético (y de los países del Este europeo), con destino a Vietnam, que cruzan por territorio chino.

Cierto que el «campo socialista» incrementa la ayuda bélica al Vietnam del Norte (dicho sea de paso los «camiones checos»), por exigencias del nuevo vocabulario, serían ahora camiones *checoslovacos*, *checo-eslovacos*, y quién sabe si hasta *checos* y *eslovacos*. ¡Se enriquecen tan rápidamente los modelos prefabricados!), pero si los cálculos no me traicionan, por cada dólar (o rublo) depositado por el campo socialista en la gran ruleta vietnamita, el imperia- lismo yanqui y acompañantes depositan de siete a diez veces más.

Digo esto porque tal vez el «campo socialista», es decir, Moscú, podría intentar nivelar un poco más la balanza antes de lanzarse a la tercera guerra mundial, apuntada por el autor, cumplimentando así sus imperativos de «primerísima Gran Potencia» (p. 124). Desde luego, «Moscú ha endurecido sus advertencias a Estados Unidos a lo largo de 1967» (p. 126). Por algo se empieza. Pero por lo visto queda otro buen puñado de recursos inéditos antes de llegar a tal extremo, en cuya enumeración el autor pone de manifiesto un candor químicamente puro. Véase la transcripción de buena parte del párrafo:

«¿Qué sucedería si un día el Gobierno de la Unión Soviética pusiese fin a sus actividades de aproximación y de mutuo conocimiento? ¿qué ocurriría si un día el Gobierno de la Unión Soviética suspendiese sus compras de excedentes agrícolas, si interrumpiese sus entregas de oro al mercado mundial, si cortase el viaje de sus intelectuales y científicos a países y congresos celebrados en el mundo capitalista? Sería, pese a todo, una simple omisión, un no hacer, un no proseguir. Pues todavía quedaría un mayor número de recursos con los que presionar a Estados Unidos, comenzando a partir del puesto de privilegio que la Unión Soviética ocupa en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y en las Organizaciones Internacionales de mayor relieve; en todas estas Instituciones su voz es

oída y se encuentra, por tanto, en posesión de plataformas excepcionales desde donde dar a conocer una serie de hechos y vigorizar unas posturas ideológicas concretas...» (p. 125).

Salvo error u omisión, en estos planteamientos se aprecian unos logradísimos eufemismos para decirnos que: 1.º Mao tiene totalmente razón cuando airea y denuncia la *confabulación y colaboracionismo entre U. S. A. y U. R. S. S.*, por no decir de U. R. S. S. *con U. S. A.*¹⁸. 2.º *Rusia facilita en la medida de sus posibilidades el buen funcionamiento del orden capitalista*, actualmente enfrentado con cierto desempleo, brusco cambio tecnológico, exceso de producción y escasez de oro con que lubricar el sistema monetario internacional. 3.º Moscú contribuye al desarrollo industrial (es decir, bélico) y cultural, *sin contrapartida*, de Occidente. 4.º El Gobierno soviético se esfuerza en los *distintos niveles de la O. N. U. y ante la opinión pública mundial en quitar importancia a la conducta americana en Vietnam*, llegando incluso a *ocultar «una serie de hechos» que, se desprende, sola ella, además, por supuesto, de Washington, conoce.*

* * *

Debe felicitarse al dibujante, pero se encuentra en falta un mapa. También debe llamarse la atención al corrector de pruebas, aunque presumimos no culpable en ciertos casos: De Lattre de Tasigny (*sic*), pp. 30, 31; Mèndes Frances (*sic* dos veces), p. 35; MacNamara (*sic*), pp. 57, 58, 59, 63, 64, 75; Sudestes (*sic*) checos, p. 118; Adlay (*sic*) Stevenson, p. 112; mackarthysmo (*sic*), p. 115; *diktak* (*sic*), p. 124...; El autor posiblemente agradecería saber que Formosa no es un «enclave» (p. 28), sino una isla, y que Siam no es una isla (p. 97), sino un Estado continental, que, además, pre-

¹⁸ ARTHUR J. GOLDBERG, que hace unos meses dimitió del equipo Johnson en su cargo de representante de EE. UU. en las Naciones Unidas, acaba de publicar una serie de artículos sobre "Una Nueva Política Exterior". En el artículo dedicado a Vietnam podemos leer: "No interesa a Norteamérica unir a la Unión Soviética y a la China comunista en este tema, en unos momentos en que ocupan posiciones seriamente divergentes (...). Y no interesa a Norteamérica permitir que la invasión de Checoslovaquia por los soviéticos nos prive de la ayuda rusa para alcanzar un arreglo honroso en Vietnam. Los únicos beneficiarios serían los chinos". *La Vanguardia Española* del 15 de septiembre de 1968.

fiere llamarse Thailandia desde hace largos años. En cambio, aplaudimos la línea mejor lograda de todo el libro, al definir a Cao Ky: «un general de vistosos uniformes y aparatosas derrotas» (p. 98). ¡Elegante e irrefutable! Asimismo, es de agradecer algún que otro hallazgo misterioso, por ejemplo: «No olvidemos que el mismo Arthur Schlesinger indica como causa directa de la entrada en la segunda conflagración mundial de Estados Unidos la situación en el Pacífico» (p. 96). ¿Se referirá a Pearl Harbor? Por lo menos se encontraba en este océano el 8 de diciembre de 1941.

* * *

Es evidente que era necesario en España un libro clarificador sobre Vietnam, por razones obvias; el libro de Roberto Mesa, desgraciadamente, no ha logrado este objetivo. Lo que ha logrado, en cambio, es traernos a la memoria un pasaje epistolar de Jovellanos: «Una (...) obra conozco con este título; pero hay en ella más errores que palabras (...)»¹⁹.

TOMÁS MESTRE.

Madrid, 1 de octubre de 1968.

¹⁹ Carta al Doctor Prado (1809), que preguntaba por una obra de Derecho público español. *Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos*, II, 1926, p. 147.

[Faint header text, possibly a title or page number]

[Faint paragraph of text, possibly a list or description]

[Faint paragraph of text, possibly a list or description]

[Faint paragraph of text, possibly a list or description]

[Faint text at the bottom of the page, possibly a footer or signature]

CRONOLOGIA

